



## *HOMILÍA MISA*

---

IX EFCSM 2014

**Mons. Renzo Fratini**

© 2014. **Fundación Maior**

Con el ánimo de facilitar la difusión de los contenidos del Encuentro se permite la reproducción total o parcial de los textos de la presente publicación con tres condiciones:

- Citación de procedencia.
- Aviso previo a la Fundación Maior, que permita autorizar la reproducción.
- Exclusión de todo fin de lucro.

**HOMILÍA DE S.E.R. MONS. RENZO FRATINI, NUNCIO APOSTÓLICO EN ESPAÑA, EN EL IX ENCUENTRO FE CRISTIANA Y SERVICIO AL MUNDO: “EL COMPLEJO ANTIRROMANO” HANS URS VON BALTHASAR**

Sábado de la II Semana de Cuaresma  
Madrid, 22 de marzo de 2014

Miq 7,14-15.18-20  
Sal 102,1-2.3-4.9-10.11-12  
Lc 15,1-3.11-32

Profesores ponentes,  
Queridos hermanos todos en el Señor,

Correspondiendo a la amable invitación presentada por la Fundación Maior, me es muy grato venir a celebrar la Santa Misa en el transcurso del presente Encuentro en el que, siguiendo a Hans Urs von Balthasar, estudiáis el tema de la “romanidad” y “universalidad”, no cabe la antítesis. Lo “romano” garantiza la universalidad de la Iglesia.

La Iglesia es un misterio, el misterio de la unión de los hombres con Dios, pero posee una realidad tangible y visible por el misterio de la Encarnación. Como el Verbo eterno al encarnarse se hace tangible y se delimita sin perder su condición divina, así la Iglesia, Cuerpo de Cristo, expresa su universalidad en cada iglesia particular las cuales “*son plenamente católicas gracias a la comunión con una de ellas: la Iglesia de Roma que preside en la caridad*” (CIC 834).

La romanidad no es una nota más de la identidad de la Iglesia (Una, Santa, Católica y Apostólica), sino el elemento que las hace visibles y concretas. En razón de la catolicidad el Papa Pío XII definía la romanidad diciendo: “*Toda la Iglesia de Cristo es un Cuerpo vivo... en Roma... en el corazón de este gran organismo... esta catolicidad... une a todos en un abrazo común de fraternidad inefable... parece claro que la romanidad debería significar también el sentimiento profundo y arraigado, de que en Roma está el centro de la Iglesia*” (Pío XII, 21/3/1957).

¿De dónde procede ese “*complejo antirromano*” que deseaba disipar von Balthasar? Procede de un planteamiento y de una actitud. Entre ambos se da tal implicación que no sabemos cuál va primero.

En el orden de los planteamientos el “*complejo*” partiría de la convicción de que lo universal y lo particular son antitéticos, de manera que la Iglesia no tendría visibilidad. Esta gratuita convicción afecta al realismo del misterio de la encarnación. Balthasar lo supo evidenciar.

Por otra parte la actitud que acompaña a este convencimiento tiende a no reconocer ninguna autoridad objetiva presumiendo que la autoridad se encuentra en la razón individual creyéndose adultos e independientes.

Por eso bien puede decirse hermanos que el “*complejo antirromano*” es una trampa psicológica que consiste en una especie de sentimiento de vergüenza por la dependencia y la obediencia. La vergüenza por la vinculación con el Padre que, como eco del pecado original, es presentado, no como el que permite el desarrollo, sino como el que amenaza una mal entendida independencia.

Esta es precisamente la situación que abiertamente señala el evangelio de hoy en la figura de los dos hijos. El menor pedía su independencia porque pensaba que ya era grande. Su casa le parecía un límite para seguir lo que resultó ser una quimera, un desengaño. Por su parte el hijo mayor aparece

envidioso del hermano y, lo más doloroso todavía, resentido de la misericordia con que el Padre había tratado a su propio hermano. Esto revela que en él tampoco había un corazón perfecto en relación al Padre: su obediencia y fidelidad se revela formal. Ha sido cumplidor correcto e intachable, pero sin corazón. Le faltaba amar al padre en su relación con su hermano sobreponiéndose a su interés particular.

En definitiva en ambos hermanos, aunque en distinto grado, casi vemos lo mismo en dos versiones: una distancia del Padre. En el pródigo, el Padre es visto como amenaza para mi madurez; en la otra es el propio hermano el que es visto como amenaza a mi privilegiada posición y no quiere compartir. Y aún peor: no parece dispuesto a darle al padre la alegría de compartir el gozo íntimo que siente por ver a su familia unida.

¿Cómo superar pues este complejo que, como vemos en la parábola, tiene dos forma de expresión? La respuesta nos aparece clara: amando el corazón del Padre, sintiendo con su corazón y teniendo en cuenta su designio de salvación. El designio del corazón de Dios que, como hemos visto en la primera lectura, aparece como padre y pastor al mismo tiempo. Miqueas señala en la profecía el anhelo de unidad que está en el corazón de Dios. Así hemos escuchado al profeta: *“Pastorea a tu pueblo con tu cayado, al rebaño de tu heredad, que anda solo en la espesura, en medio del bosque; que se apacienta como antes en Basán y Galaad, como cuando saliste de Egipto”*. Sí, hay una necesidad de ser pastoreados por el Señor porque tenemos necesidad de estar unidos. El misterio de la Iglesia, responde plenamente al ansia infinita de comunión característica del ser humano. Dios —como enseña De Lubac— *“nos ha creado para introducirnos juntos en el seno de su vida trinitaria... Jesucristo se ofrece en sacrificio para que seamos uno en esta unidad de las personas divinas... ya desde la tierra, empieza a realizarse esta reunión de todos en la Trinidad. Hay una familia de Dios, extensión misteriosa de la Trinidad en el tiempo, la Iglesia... Pueblo reunido a imagen de la Unidad del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo”* (H. de Lubac, *Meditación sobre la Iglesia*, Madrid 1988, 190).

La familia de la Iglesia se constituye mediante la efusión de la gracia que fluye de la Cabeza del Cuerpo de la Iglesia que es Cristo. Pero a esta vida de familia se entra libremente por la fe y el bautismo, y este nexo sobrenatural de comunión con Dios y los hermanos en el cuerpo místico, se alimenta en la Eucaristía donde Cristo renueva su entrega por nosotros y vivifica nuestra unión. La vida de la Iglesia es vida de familia. Von Balthasar consciente de que el complejo antirromano destruye la unidad querida y puesta por Dios, los adjetiva de *“provincialismo”* (*El Complejo antirromano*, pág. 36). Entender y vivir la romanidad de la Iglesia nos evitar de caer, en términos de von Balthasar, en la apariencia de *“formas abstractas de unidad”* (*El Complejo antirromano*, pág. 89-127). Dichas formas en nuestra cultura imperante se reducen principalmente a tres: psicológica, sociológica y naturalista humanitaria. Precisamente cada una de ellas las encontramos en las actitudes de los dos hijos de la Parábola proclamada.

Si nos fijamos en el hijo menor, es evidente que no puede haber unidad cuando reclamamos independencia pensando que ya somos grandes y que el padre nos quita algo y empequeñece. En esta actitud vemos claramente la artificial aspiración a una unidad psicológica y sociológica. Balthasar se refiere al influjo de Freud, aquel que piensa que la personalidad se adquiere *“matando al padre”* y diluye la culpa en la autoafirmación contra el padre. También es consciente del influjo de Marx, que deviene en pura sociología al no importarle para nada la fe, ya que cada uno se autocrea así mismo. Por estos caminos no se llega a la unidad.

Si nos fijamos en el hijo mayor, aquel que fue formalmente fiel al padre *“y nunca contradijo una orden”* suya, tampoco en esa actitud se llega a la unidad de la familia. La razón se encuentra en que, aunque cumplidor, le falta participar de los sentimientos del Padre, buscar la gloria de su Padre en relación con otros hijos que son hermanos. Esta actitud es semejante en su fondo a la última forma abstracta de unidad que señala Balthasar: *“el embrujo de una mística humanitaria”*. En este supuesto, el hombre, sin ninguna referencia a la gracia, pretende la fraternidad en base a la naturaleza, al hombre en cuanto hombre. Evidentemente tal mística no existe, es una antimística y por ello, nada tiene que ver

con la Unidad que se nos da como don del corazón del Padre y que por tanto nunca puede ser efecto de la psicología, de la sociología o de la simple libertad humana por sí. Por tanto, esa unidad hay que buscarla donde Dios quiere y es aquí donde, dentro de esta vida de familia y para potenciarla, es visto el lugar puesto por Dios al Papa.

El Papa es el sucesor de Pedro y en su Sede de Roma “*está el principio de la libertad*”. El motivo es porque, por iniciativa del Eterno Padre, que se lo reveló, Pedro “*emitió una confesión libre e ilimitada en Cristo*”, de manera que “*la libertad con que Pedro confiesa personalmente la verdad total, supranacional, del Hombre-Dios concreto, le constituye Roca intermedia entre la Roca que verdaderamente lo sostiene todo y la roca de la Iglesia donde entran, como piedras vivas compactamente trabadas, todos los creyentes*” (Ibíd., pág. 287). De esta manera por el “*acto de adhesión irrevocable*” de Pedro, nuestra humanidad imperfecta, queda “*ligada al principio divino*”.

Necesitamos pues hermanos amar sobrenaturalmente al Papa. Necesitamos crecer siempre en el amor a la Iglesia. Siempre estamos en camino, necesitamos la conversión lo que exige conocer y vivir la fe.

Hermanos, que en la Santísima Virgen María, Madre de Dios, que por su “*fiat engloba toda la vida eclesial*” encontremos siempre cómo vivir el amor autotranscendente que nos dispone a abrazar el don del Padre, sin el cual no podremos crecer. Como dice Balthasar “*María es, a cada instante, todo atención, todo diligencia para averiguar cómo responder a la voluntad de Dios... haciendo de su propio ser... lugar del encuentro de la indigencia humana con la gracia divina*” (Ibíd., pág. 210-12). Que María bendiga los buenos propósitos, les anime a dar valiente testimonio de su Hijo y, mirando a su Corazón Inmaculado les ayude a vivir como hijos de la Iglesia una, santa, católica y apostólica extendida en toda la tierra y visible en Roma. Que así sea.